

LA INFLUENCIA DE LA HISTORIA CLÁSICA Y LA GUERRA ANTIGUA EN EL REALISMO POLÍTICO ESTADOUNIDENSE

*The influence of classical history and the ancient war
in american political realism*

Horacio Carlos CAGNI¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

Universidad Nacional de Tres de Febrero

Buenos Aires, Argentina

✉ horacan@hotmail.com

Vol. X, N° 16, 2012, 47-70

Fecha de recepción: 30 de marzo de 2012

Fecha de aceptación: 10 de mayo de 2012

Versión final: 4 de julio de 2012

RESUMEN. El *realismo político* es una escuela que considera las relaciones de poder como independientes de los deseos, preferencias y teorías de actores y espectadores. Las enseñanzas de la historia le resultan esenciales. Los mentores del realismo político estadounidense recuperan la historia clásica —particularmente *La Guerra del Peloponeso* de Tucídides—, como fuente de enseñanzas para explicar el propio accionar en política exterior de los Estados Unidos en la posguerra fría, tanto como las complejas relaciones internacionales del mundo actual, con sus paradojas y contradicciones.

Palabras clave: realismo, historia, guerra, Tucídides, Estados Unidos

¹ Cursó estudios de Doctorado en Ciencia Política y de Maestría en Sociología de las Relaciones Internacionales en Buenos Aires y de Especialización en Política Internacional en Barcelona. Profesor de posgrado en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Investigador del CONICET.

ABSTRACT. Political realism is a school of thought that considers power relationships as independent of the wishes, preferences and theories of actors and spectators. Historical lessons are essential to it. Mentors of American political realism retrieve classical history, particularly Thucydides' *The Peloponnesian War*, as a source of lessons to explain America's own procedure both in the post-Cold War, as well as in complex international relations in the present world, with its paradoxes and contradictions.

Keywords: realism, history, war, Thucydides, United States

Si bien el realismo político —al igual que todo *ismo*— es una expresión ambigua, en el léxico político es un concepto central, que apela “al modo de ser de las relaciones de poder, consideradas independientemente de los deseos y preferencias de los actores o de las teorías, más o menos explícitamente normativas, de los espectadores”. Es la realidad, entonces, la que opone resistencia a los deseos y pulsiones subjetivos, una realidad “que vale, pese a su finitud, más que lo deseado o idealmente imaginado y, por ende, lo real también es límite, dolor y sufrimiento” (Portinaro, 2007: 18). En tanto el realismo político, como el gnoseológico, se retrotrae a la realidad —entendida de cualquier modo—, le asigna un valor positivo. Ni qué decir que esta escuela de pensamiento y de acción se nutre de las grandes enseñanzas de la historia.

En la actualidad existe la tendencia a considerar la política exterior de la gran potencia estadounidense, supérstite del mundo bipolar fenecido, como el producto de poderes indirectos que, a través de los distintos componentes de la constelación de poder, actúan en el empíreo internacional con el basamento puro y exclusivo de la fuerza. No obstante, es menester considerar que el *realismo político* estadounidense, una escuela que, con altibajos, desde hace dos décadas signa su política internacional, tiene bases teóricas complejas y firmes. Intelectuales de enjundia como Hans Morgenthau y George Kennan antes, y Zbigniew Brzezinski y Henry Kissinger después —muchos de ellos europeos emigrados a los Estados Unidos—, han sido las mentes ocultas tras el accionar político de Washington en el mundo. Resulta interesante rescatar otros pensadores, algunos de probada influencia en la derecha norteamericana, y otros, representantes del neoconservadurismo estadounidense actual.

Antecedentes del realismo político estadounidense

Si bien esta reflexión pretende centrarse en autores más contemporáneos en el tiempo, corresponde realizar una semblanza sobre los antecedentes del realismo político en los Estados Unidos. A las concepciones de política internacional de corte idealista, producto en gran medida de las terribles consecuencias de la Gran Guerra, que había demostrado desoladoramente a las sociedades más avanzadas hasta dónde podía llegar la violencia desmedida, sucedió, con el segundo conflicto

mundial y la consiguiente Guerra Fría, un estadio más pesimista en el abordaje de las relaciones internacionales que sentó las bases de la escuela del realismo político en los Estados Unidos.

Al respecto, Michael Walzer, comentando el actual debate entre realistas, idealistas, pacifistas y cultores de la “guerra justa”, nos acerca un dato interesante: “En la década de 1950 y principios de 1960, cuando yo realizaba mis estudios de posgrado, la doctrina imperante en el campo de las relaciones internacionales era el realismo. El concepto de referencia no era la justicia, sino el interés. La argumentación moral iba en contra de las reglas de la disciplina, aunque algunos autores sostenían que el interés, dicho en términos del interés nacional, era la nueva moralidad. En cuanto a los límites morales, por lo que yo recuerdo de aquella época, nadie los mencionaba”. (Walzer 2004: 28)

Algunos de los más conspicuos teóricos de esta escuela realista eran europeos emigrados. Hans Joachim Morgenthau (1904-1980)² era un alemán de origen judío que huyó del nazismo y se refugió en los Estados Unidos, siendo profesor en Chicago desde 1943. En 1960 publica una obra considerada un vademécum del realismo político: *Politics among nations. The struggle for power and peace*. Allí formula los seis principios del realismo político, que constituyen la piedra miliar de esta escuela. En síntesis: 1) La política está gobernada por leyes objetivas, por ende es racional. 2) El rasgo principal del realismo político es el interés. 3) El interés definido como poder es una categoría objetiva y universal. El poder es el control del hombre por el hombre. 4) El realismo político no es inmoral, pero su objeto de estudio no es la moral. 5) El realismo político no identifica las aspiraciones morales de una nación con las leyes que gobiernan el universo. 6) El realismo político supone la autonomía de la esfera política.

Para Morgenthau, el principal actor de la política internacional es el Estado-nación. Los elementos del poder nacional son: geografía (territorio); población; recursos naturales; cantidad y calidad de sus fuerzas armadas, calidad de gobierno y de diplomacia. Considera un elemento más, “el carácter y la moral nacional”. (Morgenthau 1963: 14-29 y 151-203) Resulta significativo que dedique unos párrafos al carácter nacional ruso, sin duda impresionado por la reciente y costosa victoria de la URSS sobre el Tercer Reich. Pero también alertando sobre la entidad del nuevo rival que los norteamericanos debían afrontar en la política mundial, dado que el desenlace del conflicto había entronizado dos superpotencias extraeuropeas, los EE.UU. y la URSS, en una nueva confrontación que Walter Lipmann denominó *Guerra Fría*.

Mucho antes que Morgenthau, fue George Frost Kennan quien aplicó desde el ámbito estadounidense criterios de realismo político, si bien no sistematizados, en sus reflexiones. Kennan asistió a muchos vaivenes de la política internacional, puesto que vivió un siglo (1904-2005). Especializado en lengua y literatura rusa,

² A veces confundido con el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Henry Morgenthau Jr, autor del malhadado plan para fragmentar y desindustrializar Alemania una vez terminada la Segunda Guerra Mundial.

como miembro del cuerpo diplomático norteamericano en Moscú, su conocimiento del universo soviético le valió un rango mítico como *advisor* de características cuasi proféticas. Aunque anticipó que el marxismo era otro episodio en la historia universal, el 9 de febrero de 1946 envió a su gobierno, desde Rusia, un extenso telegrama donde alertaba: “La política soviética se ha orientado siempre hacia un fin último que es la revolución mundial y la dominación del mundo por los comunistas. Esta política no ha cambiado nunca a este respecto y, por tanto, es posible prever que no cambiará en el futuro”. (Kennan, 1946)

Poco después del “largo telegrama”, en un artículo que firma como “X”, define una política internacional para los Estados Unidos que signó toda una época. Dado que la bandera del antagonismo entre capitalismo y comunismo continuaba, para Kennan:

Vamos a seguir encontrando difícil negociar con los soviéticos... en estas circunstancias, está claro que el elemento principal de cualquier política de los Estados Unidos respecto de la Unión soviética debe ser a largo plazo paciente, firme, pero vigilante en la contención de las tendencias rusas a la expansión... aplicando la fuerza que la contrarreste en una serie de puntos geográficos y políticos. (Kennan, 1947: 566-582)

Así, nacía la famosa *détente*. Kennan fue uno de los mayores propulsores del Plan Marshall, que rearmó las economías de Europa occidental contribuyéndola a sacarla de las ruinas, pensando que ello obligaría a Stalin —quien lo declaró persona no grata cuando era embajador en Moscú en 1952— a respetar esa fuerza reconstruida. No obstante sus preocupaciones frente a la potencia soviética, Kennan disintió de la militarización extrema producto de la Guerra Fría. Así como se opuso en su momento a la creación de la OTAN, también lo hizo luego con la carrera armamentista nuclear y la Guerra de Vietnam. A diferencia de otros autores que serán tratados en esta reflexión, Kennan, que escribía poesía, tocaba música y escribió una biografía de Chéjov, tenía un trasfondo auténticamente humanista³.

La lucidez y estatura moral de Kennan se refleja en el siguiente párrafo, escrito en plena Guerra Fría:

En estos días de gran preocupación político-emotiva, cuando la imagen de los dirigentes soviéticos ha sustituido a la de Hitler en tantos espíritus occidentales como centro y fuente de todo mal posible, no volvamos a incurrir en el error de que el bien y el mal son totales... Cuidémonos, en el futuro, de condenar absolutamente a un pueblo y excusar por completo a otros... Ningún pueblo, como un todo, es enemigo nuestro. Ningún pueblo, como un todo, ni siquiera el nuestro propio, es un amigo por completo. (Kennan, 1962: 320-321)

³ El Premio Pulitzer 2012 le fue concedido al experto en Guerra Fría y profesor de Yale, John Lewis Gaddis, por su biografía *George F. Kennan. An American Life*. Penguin, New York, Nov. 2011, 798 pgs. Hacia treinta y cinco años que una obra de *non fiction* no ganaba dicho premio. Véase la reseña de Henry Kissinger en *The New York Times. Sunday Book Review*, Nov. 10/2011.

Otro de los mentores de la *Realpolitik* más reconocidos es Henry Kissinger, diplomático, politólogo, catedrático, político y hombre de negocios⁴. En su tesis doctoral, defendida en Harvard en 1955, Kissinger preanuncia su visión de la política internacional. Su preocupación es la conciliación entre lo que es justo y lo que es realmente posible; lo primero depende de la conformación de una nación y las intenciones de un Estado, pero lo determinante es lo segundo, puesto que lo posible depende de la geografía, los recursos propios y los alcances y límites reales del poder nacional-estatal. Su reflexión se centra en la Europa de Metternich, el estadista austríaco que intentó ordenar el continente a través de la *Santa Alianza*, luego del desquicio provocado por las guerras napoleónicas, y que debió enfrentar el desafío de la adecuación de medios y fines. La *Santa Alianza* introdujo un elemento de freno moral en las relaciones interestatales europeas, de modo que al asegurar la supervivencia de sus instituciones de común acuerdo –consolidar un orden que frenara la revolución– las grandes potencias se hurtaron a un conflicto que, en el siglo anterior clausurado por la empresa napoleónica, había resultado habitual. De allí el sugestivo título del libro. (Kissinger, 1973)

El realismo político implica medir las propias fuerzas y posibilidades. Sabido es que la *estrategia de detención* durante la posguerra fría adquirió nuevos bríos con la administración de Richard Nixon. Por entonces el *National Security Advisor* del presidente americano, Kissinger, alertó sobre el riesgo que la sobreexpansión estadounidense suponía para su estrategia global. La Guerra de Vietnam se presentaba como un alarmante síntoma de un problema mayor. Era necesario reconocer que el poder estadounidense, aunque enorme, tenía límites. Kissinger lo admite en sus voluminosas *Memorias*: “nuestros recursos no eran infinitos en relación a nuestros problemas; debíamos establecer prioridades intelectuales y materiales...el gran problema de la época era cómo manejar la emergencia de la Unión Soviética como superpotencia.” (Cit. por McMahon, 2003: 124) En la práctica, reconocer la realidad de la URSS como enemigo potencial principal, llevó a Nixon a acercarse a la semiaislada China y reajustar la estrategia estadounidense internacional reforzando la *détente*.

La pretensión de hacer de las Naciones Unidas una suerte de “Santa Alianza”, con la OTAN como órgano de control supranacional, hasta ahora se ha revelado ineficaz. Las presuntas limitaciones (cuando no la hipocresía) de esta política norteamericana se manifestaron casi desde el principio de la Guerra Fría. La Organización del Tratado del Atlántico Norte se concibió como un sistema enteramente defensivo frente a un ataque armado: “una alianza de paz contra la guerra”, es decir

⁴ Heinz Alfred “Henry” Kissinger nació en Alemania en 1923, en una familia alemana de origen judío, que luego del advenimiento del nazismo se refugió en Nueva York. Durante la guerra mundial fue movilizado, y en los últimos tiempos del conflicto asignado a operaciones de inteligencia y contrainteligencia en Alemania. Vuelto a la vida civil realizó un Ma. y un Ph.D en Harvard entre 1952 y 1954. Miembro importante del *Council of Foreign Relations* y la *Rockefeller Fund.*, llegó a ser *National Security Advisor* y *Secretary of State* en las presidencias de Richard Nixon y Gerald Ford. Premio Nobel de la Paz en 1973, aunque su mayor poder lo tuvo entre 1969 y 1977 su influencia continúa hasta la actualidad.

que no compartía las obligaciones básicas de una alianza militar. Al respecto, Kissinger apunta agudamente: “En suma, la Alianza del Atlántico, al no ser en realidad una alianza, podía atribuirse universalidad moral. Representaba a la mayoría del mundo contra la minoría de los perturbadores. En cierto sentido, la función de la Alianza del Atlántico consistía en actuar hasta que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas hubiese tomado *las medidas necesarias para restaurar la paz y la seguridad*”. (Kissinger 1995: 447)

Sabemos por la evidencia empírica lo que significó esta concepción atlantista: la conversión de la política mundial en “policía mundial”, con la demonización del adversario, reducido a un gángster internacional, y el empleo de una fuerza correctiva de seguridad, que actúa en nombre de la “humanidad” para el logro de un orden moral internacional. Pero que, en realidad, defiende los intereses de las potencias aliadas tuteladas por los Estados Unidos, así como el de los poderes indirectos subyacentes, como hace tiempo lo explicó Schmitt en sus aportes al derecho internacional. (Schmitt 1979: 426-427)

El propio Kissinger no escapa a la notoria evidencia documental de que su defensa de los intereses de Washington implicó situaciones significativas de violación de los derechos humanos. Más allá de Vietnam, está sobre el tapete su actuación en Bangladesh, Timor y, sobre todo, en el apoyo a regímenes dictatoriales que conculcaron los derechos humanos y cometieron crímenes, como en el caso de Chile, Argentina y otros países latinoamericanos. (Hitchens, 2002) Claro está que Kissinger podría bien contestar por boca de Morgenthau: el interés se define como poder, por encima de la moral.

Leo Strauss y la relectura de Tucídides

Leo Strauss (1899-1973) ha sido un pensador notable. Emigrado en 1938, como tantos otros intelectuales, de la Alemania hitleriana hacia los Estados Unidos, se especializó en filosofía política y el estudio de sus grandes exponentes —Platón, Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, etc.—, con lo que llegó a transformarse en un referente de algunos de los más conspicuos representantes de la política exterior estadounidense. Ya se ha escrito en nuestro medio hispanohablante una excelente semblanza de la influencia filosófica de Strauss en la derecha americana (Hernando Nieto, 2005: 75-92), así que nos limitaremos al rescate straussiano del historiador griego —por otra parte un reconocido clásico— Tucídides (460-395 a. C.) y la época que le tocó vivir.

Sabido es que la victoria de Grecia sobre Persia a la larga desembocó en un conflicto entre las ciudades-Estado griegas, particularmente entre Esparta y Atenas, conocido como la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), y que fue narrada por Tucídides, contemporáneo y actor de estos acontecimientos, quien era no solo un hombre reflexivo sino —como general de su nativa Atenas— también de acción. Como militar, narra de manera clara y descriptiva los acontecimientos bélicos;

como historiador, sienta las bases de una historia razonada y metódica, muy alejada del mito homérico.

Tucídides pone sobre el tapete la Guerra del Peloponeso, creando la posibilidad de relaciones continuas con otras anteriores, como las de Troya y las realizadas contra Persia. Su influencia llega hasta nuestros días, conservando una increíble vigencia, como lo demuestran los expertos. La actualidad de Tucídides se basa en su criterio realista sobre el *leadership* y el *statemanship*, y sus acciones han subido en las últimas décadas, producto de la reflexión académica —y periodística de alto vuelo—, sobre el fin de la posguerra fría, la emergencia de conflictos asimétricos y la validez de los argumentos esgrimidos por los actores de las relaciones internacionales. “Tucídides es ubicuo aún ahora, tanto en relación con la Guerra Fría como después... mientras que su relato respecto del choque entre dos alianzas políticas rivales resonó muy fuerte dos décadas atrás, lo que ahora resuena fuertemente es su forma de concebir las relaciones entre democracia e Imperio” (Shanske, 2007: 21).

Para Strauss, “de alguna manera podía pensarse que la lectura realista de Tucídides era el complemento necesario de la filosofía política. La abstracción de *La República* platónica podía ser superada por la descripción de la guerra y la identificación de los involucrados que encontrábamos en *Historia de la Guerra del Peloponeso*, con lo cual podíamos contar también con la presencia del plano empírico e histórico” (Hernando Nieto 2005:87).

Strauss hace explícita referencia a Tucídides en el curso de su análisis del octavo libro de *La República* de Platón: “la exageración de Sócrates acerca de la blandura de la democracia clásica... como si la democracia ateniense no se hubiera envuelto en una sangrienta orgía de persecución de culpables e inocentes cuando las estatuas de Hermes fueran mutiladas al comienzo de la expedición a Sicilia” (Strauss, 1977: 132). El hecho alude a las mutilaciones de los Hermes —pilares cuadrangulares de mármol con la cabeza del dios, que protegían entradas de casas y templos— en una sola noche. Las autoridades atenienses atribuyeron el delito, cometido por jóvenes ebrios, a una conjura para derribar la democracia, y terminaron persiguiendo y encarcelando a cualquier ciudadano ante la menor delación infundada (Tucídides, 1967: VI, 27-29). Strauss comienza alertando, de este modo, sobre los excesos en que incluso una democracia puede caer en tiempos de excepción, como una guerra.

Las ciudades griegas, durante la Guerra del Peloponeso, vieron afectadas radicalmente sus maneras de juzgar y actuar, pues —siguiendo a Tucídides— “el deseo de poder y de honores, más el ardor que se apodera de los hombres por las rivalidades de partido, es el origen de todos los males... por causa de las guerras civiles se llevaron a cabo en Grecia toda clase de maldades” (Tucídides, 1967: III, 82-83). Strauss remarca que “estas maneras devinieron en todo sentido en depravadas. La depravación se demostró en el abandono de las formas habituales de alabanza y reproche, tanto como en las formas comunes de actuar. De tal modo que triunfó plenamente el espíritu de osadía sobre la moderación”. Continúa Strauss: “la depravación causada por la guerra civil, como una plaga causada por el hombre,

se parece a la depravación de la propia peste (de Atenas)... depravación es, ante todo, destrucción de la moderación” (Strauss, 1977:147). Del mismo modo que Carl Schmitt, Strauss deplora el hecho funesto de la *Bürgerkrieg*, una guerra en el interior de una unidad política, pensando quizá en las grandes guerras civiles europeas de 1914-18 y 1939-45, devenidas en conflictos planetarios.

Tucídides —llega a afirmar Strauss— tiene juicios favorables sobre Esparta, porque ve en ella mejores premisas de moderación, justicia y piedad, propias de una sociedad austera, en contraste con una Atenas donde la nobleza ha colapsado y la población se rindió a los placeres del momento. “El hecho que bajo Pericles, o gracias a Pericles, Atenas llegara a ser más poderosa, no prueba que bajo él, o gracias a él, llegara a ser *mejor*”. (Strauss, 1977: 152)

Si los especialistas en antigüedad clásica consideran, en general, que con Tucídides, por vez primera, los hechos hablan por sí mismos, no deberíamos entonces descreer de su relato. Desde el principio de la guerra intergriega, con la represión de Corcira, se revela la perversión de lo sacro en aras de los intereses facciosos, cayendo en la inequidad y la ilegalidad. “El término violación de las leyes se aplica a los que siendo malvados no lo son por una fuerza mayor, y no a los que, por causa de circunstancias desgraciadas, incurren en algún atrevimiento” (Tucídides, 1967: IV, 98).

El argumento central de la derecha americana remite a la cita de Tucídides: a veces es necesario actuar con violencia y vulnerar los derechos humanos —los campos de concentración e interrogatorio como Abu Ghraib y Guantánamo—, infligiendo un mal “menor” como preservación de un mal “mayor”. Es una justificación de la doctrina de “guerra preventiva”, que en nombre de la prosecución de un orden internacional más justo —como misión salvífica ante los *rogue states*— esconde una clásica política de poder y predominio.

Pero Tucídides aclara —y Strauss lo remarca— que el abandono de lo sacro no conduce, como Pericles pensaba que sucedería, al logro total del bien común, sino que conduce a la dominación de lo privado. Lo que sucedió en el S. v a. C. en Atenas, se puede aplicar a las guerras de Vietnam, de Afganistán y del Golfo; el predominio de los poderes indirectos que hacen negocios con el conflicto bajo la vestimenta de objetivos humanitarios: “es el petróleo, estúpido”, le dice Donald Rumsfeld al periodista que indagaba sobre las razones de la intervención en Irak.

La visión del imperialismo en Tucídides es materia de controversia entre los especialistas. Hay dos opiniones al respecto. Una sostiene que Tucídides fue un firme oponente del imperialismo, pues, pese a que comenzó como un entusiasta defensor del expansionismo ateniense, cambió de opinión al ver el carácter tiránico y los excesos de esta democracia, como en el caso de la isla neutral de Melos y la expedición a Sicilia. La otra tesis afirma que Tucídides entendía que Atenas necesitaba un Imperio para ser libre, pero las demandas que este logro requería hicieron que la democracia ateniense se convirtiera en abiertamente tiránica, en contradicción con sus más elevados principios. De este modo, el “alma universal” de Atenas —expresada en su filosofía—, no pudo reconciliarse con las necesidades prácticas del Imperio (Gustafson, 2000: 119). Strauss es de esta opinión. (Strauss, 1977: 226)

En todo caso, ambas aproximaciones coinciden en un aspecto: Tucídides es un pesimista. El griego asume las más altas expresiones de la vida política –bien común, moderación, justicia–, pero admite que no se pueden reconciliar con las demandas de un orden político imperial. Y lo evidencia la propia experiencia de la democrática Atenas. Un accionar que desemboca inevitablemente en la *hybris*, la conquista, la dureza, la osadía, incurriendo en el exceso, la trasgresión de toda legalidad y, finalmente, en la decadencia y ruina del propio poder político ateniense. En pocas palabras: “Para Tucídides esta visión de la vida política no era *apta* para el fracaso, sino que estaba *destinada* al fracaso” (Zumbrunnen, 2008: 15).

Dicho sea de paso, para Strauss existe un contraste entre dos pesimistas como Tucídides y Maquiavelo. El griego jamás pone en cuestión la superioridad intrínseca de la nobleza de sus basamentos y puntos de partida. En el florentino “se puede encontrar parodia o sátira, pero nada que remita a la tragedia, y no la hay en Maquiavelo porque no tiene el sentido de la sacralidad de lo común” (Strauss, 2012).

Los mentores del realismo político estadounidense, particularmente los *neocons*, conocen bien las enseñanzas de Tucídides, y aceptan las contradicciones entre los postulados internacionales de orden con justicia de una democracia fuerte, y la realidad del accionar planetario de una gran potencia con intereses globales que defender. Es menester aclarar que los neoconservadores americanos se diferencian de los conservadores clásicos en que no sienten ninguna nostalgia por el pasado, y asumen el presente en su realidad radical. Uno de sus mayores representantes, Irving Kristol, sostuvo que “el texto favorito de los neoconservadores sobre política exterior, gracias a los profesores Leo Strauss, de Chicago, y Donald Kagan, de Yale, es *La Guerra del Peloponeso*, de Tucídides” (Kristol, 2003: 2). Es sintomático, pues proviene de uno de los responsables del “programa de los Estados Unidos para el nuevo siglo”, donde proponen la “hegemonía global benévola”, ya que “el triunfo en la Guerra Fría y la aplastante victoria sobre Irak ponen a los Estados Unidos en una posición desconocida desde que Roma dominó el Mediterráneo” (Kristol-Kagan, 1990: 1).

Muchos críticos del anterior gobierno del Presidente George Bush (h) afirmaron que varios miembros significativos de su administración son discípulos de Strauss, y que la doctrina de hegemonía benévola –con su segunda intención de “reformular democráticamente” al mundo entero– está emparentada con sus enseñanzas. Incluso Strauss ha sido acusado de ser un inconfeso admirador de Adolfo Hitler y del progresismo wilsoniano. Estas parecen exageraciones. La posición de Strauss es muy prudente, y la diferencia que hace entre Tucídides y Maquiavelo no es un dato menor. Ciertamente, Strauss también es un pesimista: “La idea de Estado universal, unitario y federativo es una utopía –sostiene– cada nación debe conducir su propia política exterior y no bajo una organización supranacional... la lección de la Guerra Fría es que la sociedad política sigue siendo lo que siempre fue, una sociedad parcial cuyo objetivo primario es su preservación y su más alto objetivo su mejoramiento” (Cit. West, 2004).

Intencionalmente o no, estas afirmaciones de Strauss no están alejadas de las de otras mentes con las mismas inquietudes, como en el caso de Robert Kaplan y Donald Kagan, quienes también se reflejan en Tucídides.

Robert Kaplan reencuentra la Antigüedad

Productos de su tiempo, es decir del gran avance de las comunicaciones masivas, los intelectuales y *advisors* del gobierno y las fuerzas armadas estadounidenses son mucho más mediáticos. En el caso de Robert D. Kaplan —nacido en Nueva York en 1952, en el seno de una familia de origen judío—, une su condición de periodista y corresponsal de guerra con el estudioso de la historia de épocas tempranas. Corresponsal del *Atlantic Monthly*, sus contribuciones para dicho medio, así como para *The Washington Post*, *The New York Times*, *The New Republic*, *The National Interest*, *The Wall Street Journal* y *Foreign Affairs* lo catapultaron como uno de los más influyentes “creadores de opinión” estadounidenses. El pensamiento de Kaplan no es ajeno a su conocimiento de la realidad internacional *in situ*, puesto que no es un simple teórico⁵.

Kaplan no solo es considerado un doctrinario del *american way of war and policy* de las últimas décadas. En realidad, sus aportes venían desde antes, pero fue con los republicanos en el poder y el recrudecimiento de los conflictos en el emperio internacional posteriormente al 11 de septiembre cuando alcanzó su cénit. Contrariamente a lo que pueda suponer el advenimiento del presidente Barack Obama y los demócratas, su influencia no ha decrecido en estos días de crisis económica y política globalizada.

Viajero incansable y de percepción aguda, Kaplan escribió numerosas obras referentes a los teatros de operaciones que cubrió como corresponsal de guerra. Primero estuvo en la guerra entre Irán e Irak en 1984, un conflicto extremadamente sangriento, y luego se dirigió a lugares que la sociedad internacional considera poco menos que exóticos. Su reflexión sobre la hambruna en Etiopía —su primer libro *Surrender or Starve: the wars behind the famine*—, de 1988, demostró su interés por las causas complejas de los procesos sociales, en donde la geografía es un elemento decisivo. Esta preocupación por los aspectos geográficos y su condicionamiento del accionar político lo llevó, mucho después, a revalorizar las escuelas geopolíticas clásicas. Su artículo “La venganza de la geografía”, enfatiza la actual fragilidad de las fronteras políticas y la permanencia de aquellas basadas en

⁵ Luego de conseguir un BA., en Inglés en la Universidad de Connecticut, comenzó a viajar por diversos puntos del globo. Sirvió en el ejército israelí y fue *reporter* de distintos medios. Lo más relevante es que Kaplan se convirtió en uno de los *consultant* favoritos del *U.S. Army's Special Forces*, la *United States Marines* y la *United States Air Force*. Como profesor invitado, ha sido *lecturer* en el FBI, la *National Security Agency*, el Pentágono y la CIA. Desde 2001 su carrera fue en franco ascenso, luego del atentado a las *Twin Towers* del 11 de septiembre y ser presentado al presidente George Bush (h). Ganó el *Greenway Award for Excellence International Reporting* en 2001, el *U.S. State Department Distinguished Public Service Award* el año siguiente, siendo profesor visitante de la *U.S. Naval Academy* de Annapolis en 2006 y, desde 2008, *senior fellow* en el *Center for American Security* en *Washington*. Desde 2009 está adjunto al *U.S. Department of Defense*.

elementos geográficos concretos. En definitiva, esto ya de por sí lo acerca a las tesis de los pensadores clásicos. Fue Augusto, quien al no poder dominar a las tribus germanas allende el Rhin, aconsejó a sus sucesores no pasar de las líneas geográficas naturales: mares del Norte, Rojo y Caspio, ríos Rhin y Danubio, desiertos del norte de África y Siria (Petit, 1976: 13-16).

En 1993 Kaplan publica *Balkan Ghost*, donde explica que los conflictos en los Balcanes responden a odios ancestrales y facturas impagas acumuladas por siglos. Se dice que su lectura convenció al presidente Bill Clinton a intervenir en la cuestión de Bosnia contra Serbia. Desde entonces, el joven periodista pasó a tener una creciente influencia a nivel gubernamental. En *Viaje a los confines de la tierra*, realiza un vívido relato de sus experiencias a través de África, Turquía, Asia central, Irán, India y el Sudeste asiático. Observaciones como las que realiza sobre el país persa, señalando que, mientras el sionismo creó un nuevo lenguaje hablado —el hebreo—, y cambió el aspecto y forma de vestir de la gente, en Irán la cultura urbana sofisticada anterior apenas fue afectada por la revolución islámica, demuestran su agudeza (Kaplan, 1998: 270-271).

En el invierno de 1975-76, Kaplan realizó un detallado viaje por Túnez y otros países de la cuenca del Mediterráneo. Allí recordó el conflicto entre Roma y el rey nómada Yugurta (112-105 a. C.). El rey era, en realidad, aliado de los romanos, pero tenía sus propias ambiciones, así que pretendió un poder autónomo en el área. Yugurta era un buen conocedor del país, un astuto y hábil guerrero, y sabía aplicar tácticas de guerrilla, de modo que la fuerza expedicionaria romana enviada para “corregirlo” fue derrotada. El conflicto lo describe muy bien Salustio, quien —según Kaplan— tiene “un estilo austero y elegante, lejos de los textos académicos que me había visto obligado a consumir en la universidad”.

En resumidas cuentas, “en aquellos parajes remotos, jamás conquistados por la lengua latina, Roma libró una de esas despiadadas campañas de contrainsurgencia con las que están familiarizadas todas las grandes potencias”. Solamente mediante la traición de un aliado menor, que lo apresó y envió a Roma, donde fue ejecutado, pudo Yugurta ser vencido. La similitud con algunos aliados “díscolos” de Washington es evidente, y la conclusión de Kaplan es esclarecedora:

Con el correr de los años —afirma Kaplan— observaría rasgos de Yugurta en Manuel Noriega, Saddam Hussein, Osama Bin Laden y otros que pusieron en entredicho la actitud imperial de los Estados Unidos. Yugurta había creído equivocadamente que Roma, con una política a menudo torpe y ambivalente, con una clase gobernante corrupta y debilitada por los partidismos, no reaccionaría contundentemente si se amenazaban sus intereses (Kaplan, 2004: 65-67).

En definitiva, un jefe político de un país, por más reprobable que sea, puede ser un aliado protegido o el líder de un *rogue state*, según permanezca o no al servicio del Imperio.

En el invierno 1975-76, Kaplan realizó un detallado viaje por Túnez y Sicilia. En la isla italiana se detuvo en el Templo de Segesta, lo cual “indujo mi primer

contacto con *La Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, que analizaba la malhadada invasión ateniense de Sicilia”. Siracusa era entonces simpatizante de Esparta, que “estaba enzarzada en un conflicto bipolar con Atenas por el control del archipiélago”. Como Siracusa amenazaba a la ciudad-Estado de Leontina, aliada de Atenas, esta envió veinte barcos de apoyo, pero dos años más tarde debió enviar cuarenta más, convencida de decidir así la guerra. “Con su intervención vacilante, Atenas había logrado tan sólo granjearse el odio en Sicilia”. La expedición ateniense tuvo un calamitoso desenlace: “Habían transcurrido catorce años desde la primera incursión de Atenas en Sicilia hasta el desastre definitivo —concluye Kaplan—, la misma cantidad de años que medió entre las primeras incursiones de la administración Kennedy y la retirada definitiva del presidente Ford de Vietnam” (Kaplan, 2004: 114-125). Reténgase que el viaje de referencia fue realizado casi simultáneamente con la estrepitosa evacuación norteamericana de Saigón, por lo que las analogías con el quinto siglo anterior a Cristo resultan evidentes.

Tucídides persigue a Kaplan. En otro viaje, esta vez por el interior de su país, encuentra en Montana a un profesor de Harvard, quien se refiere a la Guerra del Peloponeso: “tendemos a pensar que podemos cambiar los acontecimientos, pero Tucídides demuestra que no podemos controlar las fuerzas básicas de la naturaleza humana, y eso por causa del poder destructivo del conflicto de intereses, por no mencionar las limitaciones geográficas y otras, así que nuestras posibilidades de influir en los acontecimientos es limitada...” (Kaplan, 1999: 383).

Pero es en su obra *Soldiers of God* (1990), donde Kaplan empieza a demostrar su interés por la historia antigua. En los ochenta, el periodista de *The Atlantic Monthly* vivió con los mujahidines, los “soldados de Dios”, que enfrentaban bravamente la invasión soviética. Claro está que entonces los Talibanes eran aliados de los Estados Unidos en la última pero intensa fase de la Guerra Fría. La reflexión de Kaplan es elogiosa de aquellos hombres que combinaban la más primitiva lucha con el armamento más sofisticado, que guerreaban bajo la más dura y rigurosa doctrina islámica, que afrontaban al ejército de tierra más poderoso del planeta, conjuntamente con fieras internas tribales y divisiones étnicas y religiosas insolubles. En una edición ampliada de 2000, Kaplan reconoce en la introducción que una proyección de la importancia del Talibán y su verdadero objetivo era entonces impredecible, y que él era aún un escritor “joven e inmaduro” (Kaplan, 2001: 16). En su relevamiento de Afganistán, piensa que no muchas cosas han cambiado en esencia desde la expedición de Alejandro Magno, de cuyo nombre bajo forma árabe, Iskander, deriva el de la ciudad de Kandahar, que es un sitio arqueológico helenístico donde un ejército regular estaba dentro de un perímetro fortificado rodeado de guerrillas, como en tiempos de Alejandro —el relator se refiere al ejército soviético y la guerrilla afgana en los ochenta del pasado siglo (Kaplan, 2001: 96, 194 y 219).

Indudablemente, Kaplan ha leído y estado en contacto con historiadores especialistas en mundo antiguo, como Donald Kagan y Victor Davis Hanson, así como con el reconocido historiador militar John Keegan. Todos ellos fueron sacudidos por el 11 de septiembre de 2001 y el atentado de Nueva York. Ya Kaplan había alertado en su artículo “The coming anarchy”, publicado en *Atlantic Monthly*

en febrero de 1994 –una edición ampliada del artículo vio la luz como libro en el 2000–, que el incremento de la población y la progresiva escasez de recursos provocarían una gran fragilidad en los gobiernos de los países subdesarrollados, que repercutirían de manera negativa y creciente en el mundo desarrollado. En esos momentos de posguerra fría, Kaplan comenzó a ser considerado y leído a la par de Francis Fukuyama y Samuel Huntington.

Pero después del atentado en Nueva York, publica Kaplan la obra que más interesa en esta reflexión, *El Retorno de la Antigüedad*, donde reconoce que la lectura de los clásicos le ayudó a comprender mejor sus propias experiencias, abriéndole una nueva perspectiva sobre la propia época y los lugares conocidos. “Los siete años que pasé en Grecia y los extensos viajes a Sicilia y Túnez –reitera– me pusieron en estrecho contacto con *Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, y *Aníbal contra Roma*, de Tito Livio” (Kaplan, 2002: 24).

Kaplan parte del concepto que conflicto y comunidad son inherentes a la condición humana. Rescata el discurso del general George Marshall en la Universidad de Princeton el 22 de febrero de 1947: “Un hombre no puede pensar con pleno conocimiento y hondas convicciones las cuestiones internacionales de hoy sin haber por lo menos revisado mentalmente el período de la Guerra del Peloponeso y la caída de Atenas”. Kaplan considera que estas reflexiones deberían ser un manual para presidentes y secretarios de Estado, pues “la historia antigua... es la guía más fiable de lo que probablemente afrontaremos en las primeras décadas del siglo XXI” (Kaplan, 2002: 43). También valora explícitamente el escrito del joven Winston Churchill, *The River War*, sobre la empresa colonialista del imperialismo británico en África, pues obedece a las generales del realismo político. Churchill apoya las intervenciones militares si son estratégicamente redituables, si están dentro de las posibilidades nacionales, y si tienen en cuenta no solo los recursos del enemigo sino también los aspectos geográficos. Al igual que los historiadores antiguos de Grecia y Roma, Churchill sabe que una nación próspera debe luchar para no debilitarse, pues, como decía Salustio, debe tener mundos que conquistar y rivales que destruir.

Kaplan considera que debe insuflar este espíritu a la nación americana. Al comentar a Tito Livio sostiene que este advertía peligros y crisis que sus compatriotas no preveían.

Aníbal contra Roma muestra una versión antigua de patriotismo: el orgullo por el propio país, sus estandartes e insignias y su pasado. Leyendo a Tito Livio, uno entiende porqué en Estados Unidos el hecho de exhibir la bandera el Día de los Caídos y el 4 de Julio es un acto virtuoso y porqué el orgullo nacional es un requisito previo para una política exterior churchilliana.

Este párrafo es importante porque demuestra hasta qué punto el autor reconoce la inspiración del historiador antiguo, pero también su deuda con la cosmovisión atlantista.

La Segunda Guerra Púnica presenta, entonces, similitudes con la Europa del siglo XX y los dos grandes conflictos mundiales. La victoria de Roma es equiparable

a la de Estados Unidos, pues ambas se convirtieron en potencias universales (como ocurre con la mayoría de los estudiosos norteamericanos, Kaplan ni considera el rol de la Unión Soviética en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial). Aníbal, gran conductor pero despiadado y violento, “presenta elementos de un Hitler de la era pretecnológica... como él, estaba amargado por la paz impuesta e injusta de una guerra anterior”. La batalla de Cannas presenta a Roma como el Reino Unido luego de Dunkerque, y “aristócratas rooseveltianos” enfrentaban la política contemporizadora de Roma mientras “provincianos aislacionistas” se negaban a la guerra, como los EE. UU. en 1940/41. Kaplan escribe palabras de tono épico, pero aleccionadoras: “la historia de Tito Livio puede mostrar cuán heroicas pueden parecer esas batallas dentro de unos milenios, cuando las generaciones futuras serán inspiradas por nuestros triunfos sobre el fascismo y el comunismo, tal como Livio nos inspira a nosotros con su relato de la victoria de Roma sobre Cartago” (Kaplan, 2002: 64-68; 73).

Más sintomático aún es el análisis que hace Kaplan de Tucídides. Para él *La Guerra del Peloponeso* es también una obra emblemática de las relaciones internacionales, cuando señala con realismo que el “foco persistente” del ateniense era el “interés propio”: este “da origen al esfuerzo, y éste a opciones, lo cual hace de su historia, escrita hace 2.400 años, un correctivo para el fatalismo extremo fundamental del cristianismo medieval y del marxismo” (Kaplan, 2002: 85).

De este modo Kaplan llega al objetivo fundamental de su reflexión: que los líderes políticos y hombres de empresa deben trastocar, en sus decisiones públicas, la moral judeocristiana por una moral pagana, es decir, reemplazar una moral de los medios por otra de los fines. La importancia de Tucídides radica en que, pese a pretender ser exacto y en lo posible imparcial como historiador, a la vez no solo aspira a relatar sino también a valorizar ese período de casi treinta años de historia griega que él vivió como protagonista. Sus propios recuerdos personales, unidos al tratamiento de una gran documentación, lo distinguen de Herodoto en que se presenta como un pensador político. En primer lugar, destaca los factores humanos en la génesis y evolución de los hechos históricos; pero además, su estilo, de gran intensidad poética, trasciende la retórica para convertirse en un vehículo de transmisión del drama humano que orilla la épica.

Hay algunos aspectos de Tucídides fáciles de rescatar por los exponentes del pensamiento de la derecha estadounidense. Un Imperio no puede ser blando: “no os dais cuenta que vuestro Imperio es una tiranía sobre gentes que urden intrigas y están dominadas contra su voluntad, gentes que no obedecen por los favores que les hagáis con perjuicio propio, sino por la superioridad que os da vuestra fuerza y no su amistad” (Tucídides, 1969: III, 37). Por lo tanto, el más fuerte impone su voluntad, porque busca únicamente su conveniencia. Y ello está en la esencia misma del hombre, un ser que jamás se contenta con lo que tiene y pretende tener cada vez más. Al referirse a los sicilianos sostiene: “sin embargo, si dominamos a éstos, podremos mantenerlos sometidos, mientras que sobre aquellos otros, aunque los dominásemos, difícilmente podremos imperar siendo tantos y tan distantes”, discursa Nicias (Tucídides, 1969: VI, 11). El griego nos enseña que la conducta

humana está guiada por el propio interés, el temor y la defensa del honor; no muy distinto pensará Maquiavelo, otro de los favoritos de Kaplan.

Para el *advisor* norteamericano, la guerra del Peloponeso es un juego de alianzas muy complejo, de equilibrio delicado como lo fueron los actores dentro de los bloques de la Guerra Fría, con una toma de decisiones muy difícil, dado que las variables a contemplar eran tan numerosas y complejas como las que afronta el presidente de EE.UU. En semejante conflicto, los neutrales también son víctimas. Lo que le ocurre a Melos es sintomático: la isla era neutral y militarmente vulnerable, pero su posición en el Egeo era estratégica, así que fue tratada injustamente. No obstante, la débil isla defiende su honor y, tras una prolongada guerra, los atenienses vencedores matan a los melios varones y esclavizan a las mujeres y niños. “La triste victoria de los atenienses sobre Melos, cegados por el elevado concepto que tienen de sí mismos, es un preludio del desastre militar de Atenas en Sicilia, similar al de los Estados Unidos en Vietnam... Tucídides nos enseña que la civilización reprime la barbarie pero jamás podrá erradicarla” (Kaplan, 2000:85, 89-90). Por supuesto, puede afirmarse, una vez más, que la experiencia ateniense es una prueba de que las democracias pueden ser tan belicosas e imperialistas como las autocracias, y es una lección histórica para los Estados Unidos.

Tucídides presenta la acción contra los melios, no solo como el producto del imperialismo ateniense, sino como el resultado de una evolución: ahora Atenas renuncia a justificaciones ideológicas e históricas de su poder; su argumento será solo la fuerza. Al respecto, un experto señala: “la falta de poder de los atenienses significaría su propia destrucción, la del *demos*, que tiene que evitar su propia destrucción con el ejercicio de la tiranía”. Lo mismo ocurre con la expedición a Sicilia: “un modo de ejercer el poderío del *demos* ateniense, pero también vehículo para el ejercicio de la tiranía sobre ese mismo *demos* por parte de aquellos que éste tiene que colocar al frente de sus campañas” (Plácido, 1997: 89). La conducta de Washington luego del 11-S es sintomática: ya no recurrirá a argumentos de tipo ético, sino a la desnuda acción del poder. Incluso en el frente interno se conculcaron algunos de los más caros valores democráticos, en nombre de la seguridad nacional y la “guerra mundial contra el terrorismo”.

Tucídides distinguía entre dos causales de las guerras: los agravios y los motivos profundos. La rivalidad de poder –como el caso de Atenas y Esparta– es una constante de la historia, que los escritores *neocons* que nos ocupan tienen bien presente. El 11-S puede ser un evidente agravio (como lo fue Pearl Harbour en 1941), pero las causas profundas se encuentran simple y llanamente en la política de poder entre potencias rivales, por el dominio de mercados, posiciones geopolíticas o el control de recursos estratégicos escasos.

La Guerra del Peloponeso según Donald Kagan

A diferencia de Kaplan, Donald Kagan es un veterano historiador con una vida muy interesante y que cuenta con una formación teórica muy sólida⁶. Cuenta con una gran reputación como historiador del mundo antiguo y la cultura clásica, en particular Grecia durante la guerra del Peloponeso, sobre la cual realizó un exhaustivo estudio en cuatro tomos⁷. Independientemente de su trabajo como historiador, Kagan se integró activamente a la gestión universitaria en Yale, destacando su rol de activista conservador en los debates en el *campus*. Contrario al multiculturalismo, defiende la idea de la preeminencia de la civilización occidental, y su obra referencial, *The Western Heritage*, registra varias reediciones desde 1979.

Paulatinamente, Kagan se convirtió en una figura emblemática de los neoconservadores norteamericanos y uno de los “halcones” de la política exterior de Washington. Sus hijos Robert y Frederick son conspicuos escritores *neocons*; el primero cofundador del *Project for a New American Century*, y el segundo es un historiador militar renombrado, quien sugirió al presidente George Bush el plan “quirúrgico” contra Irak. En 1997 Donald Kagan firmó el *Proyecto para el Nuevo Siglo Norteamericano*, conjuntamente con egregios representantes de la línea de los halcones, entre ellos Irving Kristol, Donald Rumsfeld, Dick Cheney, Paul Wolfowitz y Lewis Libby. Cuando sucedió el 11-S, Kaplan apoyó las bases de la política del “Nuevo Orden Internacional” del presidente Bush, contribuyendo con su aporte a la obra *Present Dangers* —una antología de escritos editada por su hijo Robert junto con William Kristol—, conminando a Estados Unidos a asumir su responsabilidad en todos los teatros de operaciones: Medio Oriente, Serbia, Corea del Norte, etc.

Considerado la máxima autoridad en la Guerra del Peloponeso, el catedrático de Yale incurre en un lugar común entre los grandes historiadores: traspolar el pasado al presente para así comprenderlo mejor. Esta operación intelectual tiene luces y sombras, y no carece de riesgos, pues la pretendida objetividad del estudio de la historia puede sucumbir al inconfeso propósito de crear conciencia u opinión respecto de temas que tienen un contenido filosófico y político evidente.

Kagan presenta la guerra intergriega como una pretérita “guerra fría”, donde Esparta representaría la Unión Soviética totalitaria y Atenas una democracia occidental en crisis, resultando innegable la referencia velada a los Estados Unidos,

⁶ Nacido en Lituania en 1932, de familia judía, con dos años de edad emigró al fallecer su padre, estableciéndose en Brooklyn, en cuyo *College* consiguió un BA., realizando luego un Ma. en la *Brown University*, para doctorarse finalmente en la Universidad de Ohio en 1958, con una especialización en Historia Antigua. Desde 1960 enseñó en Cornell, pero el activismo estudiantil de los años de la guerra de Vietnam, las revueltas de la población de color y el accionar de los pacifistas llevó a este “liberal demócrata” a posturas cada vez más derechistas. En 1969 dejó Cornell y se dirigió a Yale, donde aún ejerce como profesor. El tema de la violencia y el conflicto lo marcaron desde pequeño, pues afirmaría: “cuando caminaba a la escuela, tenía la preocupación de ser atacado, y algunas veces ocurría”. *Yale Alumni Magazine*. April 2002, dedicado a Kagan.

⁷ *The Outbreak of the Peloponnesian War* (1969); *The Archidamian War* (1974); *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition* (1981) y *The Fall of Athenian Empire* (1987). En 2003 realizó un excelente resumen de lo medular de su obra, el cual fue traducido al castellano y editado en España: *La Guerra del Peloponeso*, Madrid 2009, cuya edición digital fue utilizada en este artículo.

cuya aparente decadencia preocupa al historiador. Kagan reconoce en la introducción de su vasto estudio, que la guerra del Peloponeso ha influido en los expertos para iluminar la Gran Guerra y ayudar a comprender mejor sus causas. Pero añade que “su mayor influencia como herramienta analítica es posible que se diera durante la Guerra Fría que dominó la segunda mitad del siglo xx, y que asimismo presenció un mundo dividido en dos grandes bloques... por igual las condiciones que condujeron a la guerra en Grecia eran la rivalidad existente entre la OTAN y el Pacto de Varsovia” (Kagan, 2009: 8). Quizá podría rastrearse alguna influencia de Karl Popper y su clásica distinción entre Esparta y Atenas como modelos contrapuestos, y la afirmación de que Platón está en la génesis misma del totalitarismo comunista y fascista. Pero no hay que olvidar que la vasta obra de Kagan fue escrita en plena Guerra Fría y el auge del bipolarismo⁸.

La paz ratificada en 445 a.C. entre Atenas y Esparta aseguraba el equilibrio entre ambos rivales, pues reconocía la hegemonía ateniense en el mar y espartana en tierra. Pero la constante batalla entre las colonias de ultramar puso a prueba dicha paz y a las dos potencias garantes. Tera, Mitilene, Corcira, Samos, Corinto, etc., son los nombres periféricos que jaqueaban el poder concertado entre las dos ciudades-Estado rivales. Esta forma de competencia de poder, frágil ante los problemas de la periferia imperial, era común entre los Imperios en los años previos a la Gran Guerra, que Kagan proyecta deliberadamente hasta la Guerra Fría y luego los *rogue states* (“Estados canallas”).

Lo que resulta claro es que la derrota de Atenas fue el resultado de la crisis interna y el derrumbe del sistema democrático y el espíritu de sus ciudadanos, que el tremendo conflicto y sus consecuencias había puesto a prueba. Esta es la preocupación de Kagan. La unión entre Esparta y el Imperio Persa —el llamado a la vastedad del Asia—, unida a las luchas intestinas de la democracia ateniense, permite la victoria sobre Atenas, ya exhausta, que así perdió para siempre su hegemonía en el mundo antiguo, luego de haber alcanzado el cenit en la política, el pensamiento y las artes.

Aunque el análisis de Kagan se centra, obviamente, en el legado de Tucídides, y generalmente apoya sus conclusiones, algunas veces disiente con el maestro. Particularmente en lo que respecta a la desastrosa expedición ateniense que invade Sicilia en 415 a.C, Kagan argumenta, contra Tucídides, que la expedición no constituía en sí una mala estrategia, sino que se malogró por la falta de conducción y voluntad del general ateniense Nicias. “Una empresa limitada y prudente se convirtió en una arriesgada expedición de gran envergadura, mal concebida y planeada... sin la intervención de Nicias, los atenienses habrían ido a Sicilia en 415 a.C, pero no se habría creado la coyuntura de que se embarcasen rumbo a la catástrofe” (Kagan, 2009: 154). Cuando Alcibiades huye y deja solo en el mando a Nicias, Kagan le reprocha excesiva prudencia en la campaña frente a Siracusa, más el error estratégico de no utilizar la caballería, que conducirá al fracaso del

⁸ Los cuatro volúmenes fueron editados entre 1965 y 1987, es decir, fueron sin duda pensados y escritos desde tiempo atrás.

sitio de la ciudad y, a la postre, llevará a la derrota ateniense. Nicias presentaba la realidad más sombría de lo que era. “Atenas seguía siendo superior en los mares, y tampoco existían pruebas que se quedase sin suministros... la responsabilidad recaía sobre el liderazgo letárgico, descuidado y demasiado confiado de Nicias” (Kagan, 2009: 162 y 172).

Tucídides calificó la aventura como un error cometido por una democracia sin rumbo y mal dirigida, pero no culpa a Nicias, sino que incluso hace un panegírico de él. Para Kagan es el gran responsable. Rescata que un conductor, como lo señalaba Tucídides, debe ser un héroe, pero además inteligente como Pericles: “La inteligencia, por la conciencia de superioridad que da, hace más firme la audacia, estando neutral la fortuna y confía menos en la esperanza, cuya verdad es inde demostrable, y más en el razonamiento, que es la base de una previsión más segura” (Tucídides, 1969: II, 62).

Se ha comparado la expedición ateniense a Sicilia de 415 a.C, con la británica a Gallipoli en 1915, o la intervención norteamericana en Vietnam en los sesenta y setenta del pasado siglo. Ciertamente es que la campaña de Sicilia se convirtió para los atenienses en un pantano, al igual que Vietnam, Irak o Afganistán para los estadounidenses. Kagan tiene una razón oculta para reafirmar que la invasión de Sicilia no era una idea descabellada sino un problema de conducción ineficaz, y es la justificación, por vía de la Guerra del Peloponeso, de las operaciones militares estadounidenses a grandes distancias, como fue la de Vietnam (y Afganistán e Irak después).

Pero el propio Tucídides aclara lo difícil que es entrar en un conflicto de proporciones en un terreno desconocido, del cual no se tiene un relevamiento adecuado: “Los atenienses tomaron la decisión de dirigirse de nuevo a Sicilia con mayores fuerzas que las que habían ido... y conquistarla si podían, pues la mayoría de ellos desconocía la extensión de la isla y lo numerosos que eran sus habitantes griegos y bárbaros, así como que se comprometían en una guerra de importancia no mucho menor que la que sostenían con los peloponesios... yo no puedo indicar su raza (originaria) ni de donde vinieron o a donde marcharon, baste lo dicho por los poetas y lo que cada cual cree acerca de ellos” (Tucídides, 1969: VI, 1). Si los mandos políticos y militares norteamericanos hubieran hecho caso de este párrafo de Tucídides —y del carácter moderado de Nicias, que nunca quiso ir a Sicilia—, quizá hubieran sido más prudentes para iniciar la aventura de más de diez años en Vietnam.

Afirmaciones y paradojas del realismo político norteamericano

Otros autores, menos conocidos pero igualmente importantes e interesantes, cercanos al pensamiento de la derecha americana, también se retrotraen a la guerra del Peloponeso. Es el caso del historiador militar Victor D. Hanson —nacido en 1953, descendiente de inmigrantes suecos—, *neocon* partidario de la administración Bush tanto como la de Obama en política exterior, quien llegó a proponer

un ataque preventivo contra Irán⁹. En una obra muy posterior al 11-S, analiza la Guerra del Peloponeso diciendo que por sus características —el papel del terror y la naturaleza “asimétrica” del conflicto— fue “una guerra como ninguna otra” (Hanson 2005a). El historiador americano no pretende establecer analogías y comparaciones con la realidad contemporánea —como sí lo hacen Kaplan y Kagan—, sino que apela al lector serio para que reflexione no solo sobre aquel conflicto lejano, sino sobre la naturaleza de la guerra en general.

No es menester profundizar en esta obra, pues no interesa en esta reflexión una aproximación específicamente militar al conflicto del Peloponeso. Pero las estadísticas de Hanson obligan a la reflexión. Sostiene que los atenienses estimaron un total de pérdidas en la guerra similar a las norteamericanas en la Segunda Guerra Mundial, consideradas actualmente en 400 mil, es decir que en términos proporcionales, es como si los Estados Unidos hubieran perdido 44 millones, alrededor de un tercio de la población de entonces. Esto no solo demuestra lo catastrófico de la guerra intergriega, sino la increíble capacidad de recuperación de las ciudades-Estado en las décadas siguientes.

Lo que interesa mucho más es otra obra de Hanson, por las connotaciones políticas e ideológicas que conlleva. Siguiendo la escuela que coloca los inicios de la civilización occidental en Grecia y Roma, se apoya en Tucídides para afirmar sus tesis de que Occidente ha sido la civilización más exitosa ante los conflictos. Por ejemplo, señala que el general espartano Brasidas despreciaba la capacidad militar de las tribus ilirias y macedónicas que se enfrentaban a los *hoplitas* espartanos, pues eran pueblos en donde las minorías gobiernan a las mayorías: la disciplina de las ciudades-Estado, gobernadas por una Constitución, contrastaba con los caóticos pueblos tribales del norte.

Hanson hace referencia a que en Atenas hay “ciudadanos libres”, que “viven exactamente como desean” —glosando a Tucídides—, mientras que en el ejército persa solo la elite gozaba de tal libertad. En Salamina, no solo fueron derrotados los persas sino que se salvó Occidente. Hanson remarca especialmente que Pericles recordaba a sus ciudadanos “las ventajas militares innatas que ofrece su economía de mercado... pues la guerra más que una cuestión de armas es de dinero” (Hanson, 2006: 22; 73, 77; 305). La frustrada y frustrante expedición a Siracusa hace reflexionar a Hanson, buscando analogías. Sicilia era un teatro de operaciones totalmente nuevo y lejano, que obligaba a Atenas a enfrentar a una potencia que no la había atacado directamente; fue una estrategia equivocada.

No es de extrañar, como señalaba Tucídides, que los ciudadanos atenienses perdieran empuje ante la continua llegada de noticias sobre el estancamiento de la situación y la necesidad de enviar más hombres y material. En cualquier

⁹ Hanson se ha especializado en guerra antigua, pero sus reflexiones alcanzan el presente. Se doctoró en historia clásica en Stanford, donde es profesor, al igual que en la Universidad de California. De fe protestante y además granjero, es columnista habitual —entre otros— del *National Review*, *The Wall Street Journal* y *The New York Times*. Ha recibido numerosas distinciones y es un personaje influyente en la opinión pública de su país.

sociedad, antigua o moderna gobernada por el consenso, se alzan voces de protesta cuando las operaciones de ultramar son gravosas económicamente y en vidas humanas, sin vislumbrarse una eventual victoria. En este sentido, el aumento de las protestas contra la guerra de Vietnam dentro de los Estados Unidos era predecible. Las disensiones en la propia metrópoli están en consonancia con la historia. (Hanson, 2006:450)

Cierto es que las sociedades gestionadas por consenso, como en el caso de Atenas —Hanson sigue a Tucídides—, van perdiendo su moderación y civilidad en guerras prolongadas y debilitantes. Lo que parece lamentar es que la era electrónica haya democratizado las imágenes de la guerra de tal forma, que su recepción en los hogares norteamericanos de modo casi inmediato y sin censura, haya contribuido a minar el frente interno. Así, concluye arbitrariamente: “en la larga historia de las guerras, Vietnam fue el conflicto más difícil que enfrentó occidente... esa extraña propensión a la autocritica, al control civil y la crítica popular de las operaciones bélicas, esa libertad de réplica puede afectar a las operaciones militares” (Hanson, 2006: 458-482). La misma opinión tiene al criticar los reparos de Brzezinski frente a la política exterior de Bush: “hay un pesimismo que está de moda, considerar que todo está perdido, que Abu Ghraib y Guantánamo son pruebas de nuestra brutalidad y nos hacen perder simpatías en todo el mundo... y que la guerra de Afganistán se sigue prolongando... no se hace más que magnificar los supuestos abusos y torturas... cuando las cosas en realidad siguen bien...” (Hanson, 2005 b).

La tesis final de Hanson es que el legado de Grecia, antes que su capacidad teórica o real, es el sentido de individualidad, el criterio razonado y la capacidad de disciplina que genera la pertenencia a un Estado organizado. Por ello, Occidente ha sido la civilización con aptitud más destructiva, por las cualidades psicológicas y la manera de ser frente al enemigo del hombre occidental. Particularmente, la mejor combinación de individualidad, coraje y disciplina, Hanson la coloca en las democracias. Por más que se reconozca la capacidad técnica y el valor de los enemigos de la democracia —como los *kamikazes* japoneses en la Segunda Guerra Mundial y los pilotos argentinos en el conflicto de Malvinas—, el orden, organización y consenso de las democracias terminarán triunfando sobre autocracias y dictaduras, según Hanson. Es fácil inferir que la heredera de Atenas será, finalmente, los Estados Unidos, y sus enemigos serán los mismos, los persas y otros actores del Asia Menor.

Creemos que la extensión del término Occidente a la cultura clásica, solo porque existe una herencia filosófica y jurídica, debe al menos ser sujeta a caución. El hombre antiguo tiene un planteo del tiempo y del espacio diferente del Occidente construido desde el medioevo. Por otro lado, no siempre el Occidente de Hanson cumplió sus objetivos militares, triunfando sobre sus enemigos. Salvo la expedición de Alejandro, que se retiró sin ocupación efectiva del terreno, no pudo ninguna potencia occidental dominar el *glacis* euroasiático. No hay que olvidar que Roma jamás pudo cerrar la frontera oriental, y en el S. III el emperador Juliano murió en el intento. La experiencia de las tropas occidentales en Afganistán e

Irak no demuestra lo contrario. No se puede violar la ley de los grandes espacios (Cagni, 2006: 47-72).

Además, si las democracias, en tanto conjugan individuo, consenso y disciplina, son las más exitosas, no se termina de comprender por qué algunas de las tropas más disciplinadas y mejor conducidas y equipadas, como las napoleónicas y las del Tercer Reich, pertenecían a Estados autocráticos. Si la Unión Soviética estalinista, por su composición no era un Estado totalmente occidental, la occidental Alemania no pudo derrotarla. En caso contrario, si lo era, sabido es que la victoria aliada sobre el Reich en la Segunda Guerra Mundial no hubiera sido posible sin la cuota de sangre y material de la URSS. Estas reflexiones apuntan a demostrar los riesgos de una lectura sesgada e intencionada de Tucídides, acentuando unos aspectos en detrimento de otros.

Por otra parte, volviendo a Robert Kaplan, este insiste en que la intervención es necesaria allí donde hay que defender intereses nacionales. Las Fuerzas Especiales (*US Special Forces*) —a las que acompañó en varios teatros de operaciones y de las cuales es asesor—, son unidades de elite, hombres adecuados para orientar los acontecimientos políticos de un país determinado. Pone el ejemplo de los espartanos, cuando cambiaron el signo de la guerra al mandar a Sicilia una pequeña misión, bien conducida por Gilipo, lo cual evitó que los siracusanos, aliados de Esparta, se rindieran a los atenienses y, al romper el bloqueo de Siracusa, animaron a las demás ciudades sicilianas a seguirla, contribuyendo así a la derrota naval de Atenas el año siguiente (Kaplan, 2007: 54).

Como se ha visto, existen en Kaplan y en Kagan —aunque no tan explícito en palabras— una fuerte preocupación por insuflar principios épicos a las fuerzas armadas, a los políticos y hombres de opinión estadounidenses. Tienen la convicción que una democracia es más bien reacia a la guerra, pero que si entra en ella tiene la tendencia de continuar luchando hasta el final. La frustrada experiencia de Vietnam primero, y la irresoluta situación en Irak y Afganistán después, indican —y Kaplan lo reconoce expresamente—, que los norteamericanos no están habituados a aceptar un estado de guerra permanente. La dispersión de fuerzas, y el hecho hasta ahora irrefutable que la tecnología por sí sola no alcanza para ocupar el terreno, demuestran lo difícil de vencer y dominar un pueblo dispuesto al autosacrificio extremo.

Ante esta realidad, resulta insuficiente la última propuesta de Donald Kagan y su hijo Frederick, como se adelantó conspicuos mentores intelectuales de la derecha “halcona” estadounidense. En un vasto análisis historiográfico, que también es ideológico, sostienen que los desafíos a la política exterior de Washington no terminaron con el fin de la Guerra Fría. La paz mundial depende del apuntalamiento de la política de seguridad nacional norteamericana, pues la política de poder es una constante necesaria. Hacen comparaciones con la política de Gran Bretaña entre las dos guerras mundiales, alertando que la desmovilización casi lleva a Inglaterra a la ruina y derrota en el segundo conflicto mundial. La apelación a los EE.UU. es evidente: no repetir esos errores y aumentar los gastos de defensa, para tener una mayor presencia militar en el planeta y cada vez mejores equipos y armamentos.

Los usos posibles del poder militar de Estados Unidos –afirman– pueden preservar la estabilidad global. La presencia en ultramar y la proyección del poder pueden ayudar a contener la violencia allí donde los intereses americanos son cuestionados. En algunas circunstancias las fuerzas (norte) americanas pueden conformar misiones de mantenimiento de la paz... operaciones en larga escala, como una Justa Causa, son justificadas si ellas protegen el interés estadounidense. (Kagan, D. y Kagan, F., 2000: 304)

La obra de ambos Kagan, *Porqué América duerme*, hace tácita alusión a la de John F. Kennedy, *Porque dormía Inglaterra*, escrita en 1940 y cuyo tema es la desmilitarización y desarme del Reino Unido frente a Alemania. Para quien luego fuera presidente de los EE. UU. “la escasez de armamentos en Inglaterra hizo inevitable la rendición de Munich, y esto es lo que resulta objeto de crítica, no el pacto en sí... hasta qué punto esta actitud negativa en la cuestión de armamentos fue culpable de la política pacifista de Neville Chamberlain. Así que, teniendo en cuenta la curiosamente parecida situación con que Norteamérica va a tener que enfrentarse, estudiemos la historia del rearme británico. Inglaterra cometió muchos errores y ahora está pagándolos muy caros” (Kennedy, 1965: 20). Para los Kagan, estar al día tanto en la producción como en el perfeccionamiento del armamento aseguran una situación de prevención y predominio que permite que los Estados Unidos no se encuentren jamás en una situación de debilidad como Inglaterra frente al Tercer Reich.

Donald Kagan sostiene que los Estados Unidos y sus aliados, a pesar de ser los actores más interesados en preservar la paz y con más poder para concretarlo, no parecen estar dispuestos a pagar el precio en dinero y el costo en vidas. “Las personas más enérgicas y libres de una nación todavía poderosa, no permitirán que el orden mundial se destruya y la perjudiquen y corra peligro su seguridad, por lo que rechazarán cualquier liderazgo que se disponga a hacerlo” (Kagan, 2003: 497-498).

Al respecto, vale citar un autor ya clásico:

Bastaba quizá para Atenas aceptar sinceramente un reparto de influencias con Esparta, reinando una en los mares y la otra en tierra, para que la historia de Grecia y tal vez del mundo fuera distinta. Pero era una fórmula inadmisibile para la ciudad de la que Tucídides dijo un día, en un momento de franqueza, que era la eterna insatisfecha... Es cosa probada que no existe ningún gobierno que rechace como indigna la tentación del imperialismo. Pero también lo es que un gobierno democrático sucumbe a ella más fácilmente que ningún otro. (Cohen, 1961: 77 y 83)

La historia presenta invariantes. El criterio del realismo político, la política de poder en las relaciones internacionales, la posesión de recursos estratégicos escasos, el predominio económico, el orgullo nacional. Pero también los errores

estratégicos, la desmesura y la *hybris*, la soberbia que destruye también son causa de autodestrucción. Por ello, la historia sigue siendo la maestra por excelencia.

Bibliografía

- CAGNI, Horacio (2006). "La importancia de la frontera en la proyección y práctica del Imperio". *Empresas Políticas*. Murcia, Año V, N° 7; 1°-2° Semestre.
- COHEN, Robert (1961). *Atenas, una democracia*. Aymá, Barcelona.
- GUSTAFSON, Lowell (Ed.) (2000). *Thucydides theory of international relations: a lasting possession*. Louisiana University Press.
- HANSON, Victor Davis (2005a). *A War Like No Other. How Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War*. Random House, New York
- ____ (2005b). "An American Débacle?" *National Review*, Oct. 14.
- ____ (2006). *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*. Fondo de Cultura Económica/Turner, Madrid-México.
- HERNANDO NIETO, Eduardo (2005). "Washington contra Atenas: Leo Strauss y el conservadurismo americano". En PINTO, Julio y CORBETTA, Juan Carlos: *Reflexiones sobre la teoría política del S. XX*. Prometeo, Buenos Aires.
- HITCHENS, Christopher (2002). *Juicio a Kissinger*. Anagrama, Barcelona.
- KAGAN, Donald (2003). *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*. Fondo de Cultura Económica/Turner, Madrid.
- ____ (2009). *La Guerra del Peloponeso*. Edhasa, Madrid.
- KAGAN, Donald y KAGAN, Frederick (2000). *While America sleeps. Self delusion, military weakness and the threat to peace today*. St. Martin Press, New York.
- KAPLAN, Robert D. (1998). *Viaje a los confines de la Tierra*. Ed. B S.A., Barcelona.
- ____ (1999). *Viaje al futuro del Imperio. La transformación de Norteamérica en el S. XXI*. Ed. B S.A. Barcelona.
- ____ (2001). *Soldiers of God. With islamic warriors in Afghanistan and Pakistan*. Random House, New York.
- ____ (2002). *El Retorno de la Antigüedad. La política de los guerreros*. Ed. B S:A, Barcelona.
- ____ (2004). *Invierno Mediterráneo. Un recorrido por Túnez, Sicilia, Dalmacia y Grecia*. Ed. B S.A, Barcelona.
- ____ (2007). *Tropas Imperiales. El imperialismo norteamericano sobre el terreno*. Ed. B S.A. Barcelona.
- KENNAN, George (1946). "Telegrama Largo". Historiasiglo20.org/Text/Kennan1946.htm
- ____ (Mr. X) (1947). "The Sources of Soviet Conduct". *Foreign Affairs*, July 25.
- ____ (1962) *Rusia y Occidente bajo Lenin y Stalin*. Ediciones Selectas, Buenos Aires.
- KENNEDY, John F. (1965). *Porqué dormía Inglaterra?* Plaza y Janés, Barcelona.
- KISSINGER, Henry (1973). *Un mundo restaurado. La política del conservadurismo en una época revolucionaria*. F.C.E., México.
- ____ (1995) *La Diplomacia*. F.C.E., México.
- KRISTOL, Irving (2003). "The Neoconservative Persuasion. What it was and what it is". *The Weekly Standard*. Vol. 8, N° 47, Aug. 25.

- McMAHON, Robert (2003). *ColdWar. A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- MORGENTHAU, Hans (1963). *La lucha por el poder y por la paz*. Sudamericana, Buenos Aires.
- PETIT, PAUL (1977). *La Paz Romana*. Labor, Barcelona.
- PLACIDO, Domingo (1997). *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante la Guerra del Peloponeso*. Crítica, Barcelona.
- PORTINARO, Pier Paolo (2007). *El realismo político*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- SCHMITT, Carl (1979). *El Nomos de la Tierra. En el Derecho de Gentes del Ius Publicum Europaeum*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- SHANSKE, Darien (2007). *Thucydides and the philosophical origins of History*. Cambridge University Press.
- STRAUSS, Leo (1964). *The City and Man*. Chicago University Press 1977. (Primera edición).
- ____ (2012). "Lectures on Thucydides 1972-1973". St. John College, Annapolis. *A Common Reader*, Tuesday, Feb. 7.
- TUCIDIDES (1969). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Biblioteca Clásica Hernando, Madrid. Tres volúmenes. Traducción de Francisco Rodríguez Adrados.
- WALZER, Michael (2004). *Reflexiones sobre la Guerra*. Paidós, Barcelona.
- WEST, Tom (2004). "Leo Strauss on American Foreign Policy". *The Claremont Institute for the study of statemanship and political philosophy*. Summer.
- ZUMBRUNNEN, John (2008). *Silent and Democracy: Athenian Politics in Thucydide's History*. Pennsylvania State Press.